



LO QUE REALMENTE VIVIMOS

Esther Lange Girón (ESO2A)

En una tarde como otra cualquiera de viernes o sábado, María, una chica audaz e inteligente recibió una carta. Decía así:

“La Facultad de Derecho de León le otorga el honor de poder participar en un curso intensivo de los que se le ofrecen a continuación: Francés, Latín, Cultura Clásica o Arte.”

Y es que María había enviado la solicitud para un curso, ya que necesitaba el diploma para el trabajo al que quería optar. María tenía 24 años y había estudiado Derecho, pero para el trabajo que quería necesitaba hacer cualquier tipo de curso. Algo extraño, sí, pero qué se le va a hacer, los mayores ponen normas y hay que cumplirlas.

Ahora le tocaba elegir curso, no quería idiomas porque en el instituto había acabado harta, no le gustaba la cultura clásica así que decidió optar por Arte, que pensó que podría ser el más relajado y dinámico.

El día que empezaba el curso se presentó en la facultad, se acercó al tablón y vio que el suyo, su curso, era en La Candamia. Por supuesto no le apetecía ir hasta allí, así que prefirió cambiar de taller, pero todos estaban llenos, y poco después comprobaría que los que asistían al curso de pintura era porque no les quedaba otra opción.

Llegó al parque y en lo primero en lo que se fijó fue en una mujer; era alta, pero iba encorvada; tenía el pelo corto y sin peinar y llevaba una bata gris que le cubría toda la ropa. En esa clase, la profesora, que al parecer era pintora profesional, les estuvo explicando que ella no pintaba para expresar cualquier tipo de sentimientos, ella pintaba por odio, que la pintura era peligrosa y que no podían utilizarla sin tener pleno conocimiento de su poder.

En la segunda clase empezaron a pintar, bueno relativamente, porque la pintora les explicaba y decía tantas cosas sin sentido, como que pintaran cosas simples y no peligrosas, que María, un poco harta de ella, dejó de escucharla y se abandonó al lienzo. No era consciente de lo que hacía, pero dejó que los trazos corrieran de su mente al pincel hasta que dio su cuadro por terminado, el resultado fue la imagen de un gran árbol al fondo por el que subía un tren haciendo una espiral hasta la copa, donde se entreveían una especie de duendes que bailaban, dormían o daban vida a sus propios cuadros, pareciendo así que estaban vivos y que habitaban en el cuadro que surgió de



una explosión de creatividad de María. A un lado del cuadro se veía un lago, con un banco a la orilla donde un hombre leía el periódico. Mientras pensaba en cómo le había podido salir tal cuadro, la pintora lo vio y lo tiró del caballete diciendo que la había desobedecido, que había pintado cosas creativas exponiendo así sus sentimientos. María no entendía nada y cada vez soportaba menos a la profesora, para qué era la pintura sino para exactamente expresar sentimientos y creatividad. No comprendía nada, pero decidió llevarse el cuadro, estaba orgullosa del trabajo que había hecho y no pensaba dejárselo a la pintora para que se lo tirara. Se quedó embelesada mirándolo cuando, de repente, se cayó en el agua del estanque que había dibujado; pensó que estaba alucinando pero reaccionó cuando se quedó sin aire. Nadó hacia la orilla y se descubrió a los pies del señor que leía el periódico; parecía que estaba realmente vivo y además esta vez tenía unos tijeras, pegamento y unos folios a su lado. Salió del agua y empezó a caminar sin rumbo y en menos de nada se encontró a los pies del árbol que había plasmado en el lienzo; pero no había ningún tren. Apenas se le pasó esto por la cabeza oyó un gran ruido y notó cómo una mano le agarraba haciéndola así ascender. Una vez en la copa, contempló asombrada la belleza del lugar. Un ir y venir de duendes que reían, jugaban y realizaban todo tipo de tareas. Realmente estaban vivos. Además de eso, se veían un montón de pájaros que llevaban cartas, flores o paquetes. Vio que un ave soltaba su carta y aterrizaba en sus manos. No tenía remitente ni destinatario así que la abrió. Tenía escrito con letras recortadas de periódico esto:

“CUÍDATE,

LA PINTORA PUEDE DAR CONTIGO, DISPONE DE UNA LUPA

INCREIBLE”

En esos momentos le entró el pánico, no sabía cómo había llegado hasta ahí, no sabía cómo salir y además había una pintora loca que la estaba buscando; se desmayó, lo último que vio fue una cascada de colores, colores que no sabría identificar, pero que eran colores maravillosos.

Nunca supo que vivió eso, se despertó como otra mañana monótona con 27 años en su piso, ejerciendo el trabajo de abogada por el que había empezado el curso. Esa experiencia fue borrada de su mente.

Nunca sabemos lo que vivimos exactamente porque de lo que creemos tener certeza de haber vivido puede ser un mero sueño de un juego de dioses.